

**En busca de una identidad perdida: la (re)construcción de un pasado compartido en *La tierra natal* de Juana Manuela Gorriti y *Mis memorias* de Lucio V. Mansilla.**

**Por Federico Albornoz**

**Introducción**

Nuestra lectura, presente en este breve trabajo, intenta describir de qué manera en *La tierra natal* de Juana Manuela Gorriti y en *Mis memorias* de Lucio V. Mansilla se pueden evidenciar los deseos por pintar con la palabra pequeñas escenas que retraten un mundo social y político cuya existencia se descubre, ante la mirada absorta de los autores, desaparecida bajo el yugo del progreso y los cambios acontecidos tras el paso del tiempo. Con la escritura de su pasado se inaugura la posibilidad de rememorar hechos olvidados y, por sobre todo, darles a los mismos una significación que necesariamente nace anclada a un presente desde el cual se evoca. De modo que ambos escritores, ocupados en registrar su vida y los acontecimientos que formaron parte de la misma, se enfrentan al desafío de hacer que sus textos redescubran una verdad que yace oculta en las páginas que precedieron a las suyas.

Volver a su tierra y a su viejo hogar paterno significa para Gorriti activar un proceso que no sólo se asienta en el hecho de traer a su presente recuerdos de un mundo íntimo afincado en el seno de su familia. Por el contrario, con su escritura ella está abriendo la posibilidad de rescatar un pasado cuyo contenido escapa a los límites de su intimidad familiar. La misma experiencia aparece repetida en Mansilla para quien el acto de volver a revisar su vida no puede sino hacerse en relación a muchos otros personajes que conoció desde el interior de su casa paterna y a los hechos que pudo presenciar como testigo privilegiado. De tal manera que al disponerse a contar ambos saben que sus textos poseerán un alcance mayor puesto que los receptores de los mismos no sólo asistirán al espectáculo de una vida en particular, en escena podrán reconocerse y descubrir una parte de su pasado que les pertenece.

La escritura como actividad le da Juana Manuela Gorriti la posibilidad de revisar, mientras recorre el largo y agitado viaje que la conducirá nuevamente a su Salta querida, todos aquellos episodios que han sido silenciados tiempo atrás y que, hoy, cuando se decide a narrar su experiencia de regreso, salen a la luz dejando ver un capítulo de la historia que no ha sido contado aún. Explorar lo no dicho significa para la autora transgredir un código que ha sido instaurado por quienes se encargaron de cifrar un pasado que debía, necesariamente, ser callado tras la partida de quienes debieron

marcharse llevándose con ellos una verdad que no podía ser contada. En las páginas de *La tierra natal* Gorriti nos ha legado una cantidad innumerables de pistas que el lector debe ir recopilando para descubrir los enigmas que otros textos han instaurado al no ocuparse de esos pasajes que ella hoy devuelve a través de los recuerdos que su memoria ha conservado.

Mansilla, por su parte, supo atribuirse la capacidad de contar y hablar de sí mismo con el aditamento de que la materia prima con la cual tejía su texto se relacionaba no sólo con los hechos íntimos que hacían a su vida personal; en cada anécdota traía a colación otras voces acalladas y con ello hacía que su obra fuese un enunciado en el que se multiplicaban los recuerdos compartidos con otros a los que dirige su mensaje. Hay en su obra un conjunto de vivencias ajenas que ha rescatado del olvido y que le permiten mostrar un panorama más completo del pasado al que está rememorando. La presentación que hará de sí mismo tiene como punto de partida el saber que otros le han proporcionado y será ese mismo saber el que hará que su texto aparezca como un espejo que refleje al ser de un sector de la nación que ha sido borrado y cuya esencia Mansilla ha querido rescatar.

De este modo, intentaremos aproximarnos a una lectura que refleje cómo ambos autores, a través de su discurso autobiográfico, devuelven en sus recuerdos y anécdotas episodios de la historia nacional que les permiten reconocer la identidad de un grupo cuya “versión” de la historia ha quedado oculta o silenciada en los discursos oficiales. Versión actualizada de un pasado en la que se puede evidenciar la reconstrucción de un universo compartido común al cual ellos adscriben su pertenencia por el saber privilegiado que poseen en los recuerdos acumulados en su memoria, saberes que les permiten retratar un periodo acallado para muchos. En definitiva, trazaremos un camino para reconocer cómo en ambos textos la voz que se eleva dibuja un mapa en el que se reconoce un discurso identitario al cual ambos adscriben como pertenecientes a una sociedad que ya ha desaparecido y a la que ellos intentan revivir con su escritura.

### **De experiencias, autobiografía, visibilidades y algo más...**

Sin lugar a dudas es imposible no iniciar este primer apartado sin tener en cuenta uno de los principales puntos de contacto a través de los cuales podemos conectar ambos textos: la autobiografía. Este género en el cual pueden insertarse las dos obras seleccionadas para este trabajo, nos permite pensar de qué modo en ambos escritores se da una misma preocupación respecto del pasado y la necesidad de devolver al presente

un recuento de lo vivido. Y, en especial, al adentrarnos en ese objetivo en común intentaremos advertir de qué manera en el texto resultante de ese trabajo de recuperación se pueden visualizar diferentes procesos relacionados con la experiencia y su relectura desde el presente.

Y no sólo será esa preocupación por devolver al presente escenas e imágenes de un pasado que muchos desconocen el motivo por el cual ambos escritores se acercan a la escritura. Hay en ellos también un interés común por restituir su propia experiencia sobre lo vivido, de reconstruir su propia historia personal en relación a un lugar privilegiado como protagonistas y testigos de los hechos que rememoran. De allí que nuestra lectura no se concentre únicamente en descifrar de qué manera se hallan inscriptos en su obra episodios de la historia del país que han sido negados o excluidos en otros discursos; también hemos querido destacar los efectos que esa propia construcción de su persona conlleva.

La escritura autobiográfica, pensada desde la perspectiva antes planteada, es la herramienta con la que cuentan ambos escritores para brindarse, por un lado la oportunidad de construir el espacio necesario desde el cual poder escribir su versión de los hechos y así dar cuenta del saber que poseen; y por otro, la posibilidad de trascender el espacio de subalternidad que posee cada uno. Para Mansilla la escritura era el pasaporte que le permitiría obtener ese reconocimiento público que le había sido vedado por su pasado político y su filiación con Rosas. Para Gorriti la escritura, en cambio, significaba mucho más que un reconocimiento público; en sus textos ella estaba haciendo uso de una estrategia fundamental por medio de la cual romper los esquemas impuestos a su condición de mujer, y sobre todo buscando una vía para canalizar sus ideas y pensamientos sobre los acontecimientos que relata.

Para ambos se instala un desafío mayor puesto que desde su escritura están lentamente devolviendo al presente retazos de un pasado que no se ha contado. Y esa devolución sólo es posible porque, al recordar y bucear en su memoria, tanto Gorriti como Mansilla apelan a la autoridad que la experiencia les otorga para asumir el riesgo de retratar un mundo que ha ido desapareciendo ante sus ojos. Así la experiencia se transforma, siguiendo el planteo de Scott, en el motor que sostiene la construcción que ellos realizan de sí mismos puesto que *“no son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia.”* (Scott, 1990: 49). Es así que la escritura se reviste de un tinte especial, ya que a través de ella ambos autores están compartiendo inquietudes comunes relacionadas con una

misma búsqueda, al enfrentar sus recuerdos más íntimos y devolverlos al presente como una forma de restituir pasajes de la historia que han sido vedados desde un ámbito oficial de la producción histórica. De esta manera, se permiten borrar los límites de lo privado para dejar “visible” al público que recibe su obra, su propia experiencia condensada en el texto que han legado.

Y siguiendo el juego establecido anteriormente, Mansilla y Gorriti han coincidido en dar visibilidad a episodios de su vida que resultan relevantes no sólo para la comprensión de su propia existencia sino también para la vida pasada del país que se encuentra reflejado en los pasajes que ambos rescatan de sus vivencias más íntimas. Así se produce una especie de ruptura entre lo público y privado, y las reminiscencias y evocaciones que devuelven en su escritura, no forman parte ya exclusivamente del ámbito de la intimidad sino que se reúnen bajo la anécdota recordada sobre las experiencias vividas desde el hogar familiar, de estrechas vinculaciones con los procesos históricos que forjaron el país.

En definitiva, tanto Gorriti como Mansilla repiten en su escritura la misma actitud que advierte Joan W. Scott en Delany, al considerar que la escritura de éste lo que hace es “*romper un ‘silencio públicamente sancionado’*” (Scott, 1990: 45) En este sentido, la producción de ambos escritores se relaciona con este mismo sentimiento de mostrar aquellos episodios que habían permanecido vedados a la producción histórica oficial. En sus obras se despliega todo un panorama íntimo de su vida familiar que lejos de permanecer aislado del mundo que lo rodea, se transforma en una materia prima vital a partir de la cual iniciar el recuento del pasado y con él, la posibilidad de restituir capítulos que habían sido silenciados en otros discursos. Para ambos existe la oportunidad de borrar las líneas de olvido y silencio que otros han instaurado y hacer de su texto un registro fiel en el que puedan brindar su experiencia como un testimonio legítimo de un pasado que pocos conocen y recuerdan.

### **En busca de una identidad perdida I: *Mis memorias* de Lucio V. Mansilla**

En ese juego de revivir el pasado ambos autores están abriendo las puertas para iniciar un recuento de anécdotas que se suman para mostrar un mundo que estaba desapareciendo antes sus ojos. Así, al volver sobre diferentes escenas de su vida en su escritura, se nos presenta la posibilidad de dilucidar de qué manera en ese acto de narrar se construye lo que para Arfuch se denomina la dimensión narrativa de la identidad en la medida en que la misma se construye “*en el discurso y no fuera de él*”

(Arfuch, 2005: 24) De esta manera el acto de escribir sobre sí mismos se convierte en un mecanismo que le permite a los dos escritores responder a la pregunta de, en palabras de Ricoeur al referirse a la identidad como categoría, “*quién ha hecho tal acción, quién fue el autor*” (Arfuch, 2005: 26). Respuesta que necesariamente se asocia a la necesidad de contar la historia de una vida.

El hecho de volver su atención hacia su propia historia personal hace que ambos escritores descubran en el acto de narrar el pasado no sólo un sinnúmero de episodios que han sido olvidados o borrados en otros discursos, también en esa actividad están colaborando con la dinámica constitutiva de toda identidad ya que: “*El contar una (la propia) historia no será entonces simplemente un intento de atrapar la referencialidad de algo ‘sucedido’, acuñado como huella en la memoria, sino que es constitutivo de la dinámica misma de la identidad: es siempre a partir de un ‘ahora’ que cobra sentido el pasado, correlación siempre diferente –y diferida- sujeta a los avatares de la enunciación.*”(Arfuch, 2005: 27)

Enfrentados a su pasado pero siempre con la mirada anclada en el presente tal como lo señalábamos anteriormente, tanto Mansilla como Gorriti se posicionan desde ese “ahora” a partir del cual pueden otorgarle un sentido a lo vivido y con ello, se entregan a la labor de reconstruir una identidad grupal a la que adscriben como miembros pertenecientes puesto que sus vivencias personales no pueden desvincularse de esa vivencia colectiva que en antaño compartían. En este sentido, nuestra lectura apunta a verificar de qué manera en sus textos, detrás de la consigna que se refiere específicamente a la tarea de dejar por escritos sus recuerdos, ambos autores están trazando un mapa para descubrir la identidad de un grupo que se refleja en esos espacios vacíos a los que ellos vienen a cubrir con su escritura.

Para concretar nuestra tarea en este breve trabajo daremos inicio con la obra seleccionada de Lucio V. Mansilla. En *Mis memorias*, el autor comienza su texto declarando cuál es el objetivo que guía la escritura de sus memorias: “*Tengo también una pretensión, modesta pretensión, que confío será coronada con algún éxito. Consiste en ayudar a que no perezca del todo la tradición nacional*” (Mansilla, 1994: 32). Pero detrás de esa inocente declaración se esconde un proyecto personal mucho más ambicioso por el cual a través de su palabra Mansilla instala una conexión con un pasado que pertenece al ámbito privado de su vida pero no por ello menos interesante al auditorio que lo escucha. Así inaugura la posibilidad de dar una batalla al olvido que ha

detectado como síntoma en la sociedad, brindando como solución a esa enfermedad las páginas que escribe.

Colabora así con su texto a destacar lo que no ha sido dicho o se ha dejado de lado por quienes estaban encargados de retratar el pasado nacional. Su retrato será diferente puesto que él va a asumir una postura diferente, va a iniciar un recuento de su vida anclado en el seno mismo de su familia y desde las habitaciones de su casa va a ir dibujando un mapa por el cual trazar un camino que deje al descubierto episodios y escenas que sólo él conoce porque tuvo la oportunidad de observarlos desde el puesto privilegiado que poseía como testigo de esos acontecimientos.

De manera que, tal como lo señalábamos anteriormente, el espacio de su hogar adquiere un protagonismo exclusivo y se transforma en el escenario predilecto para contar. Las puertas de su casa han permanecido cerradas bajo el silencio que su palabra hoy rompe con un grito que devuelve al presente los ecos de voces que no habían sido escuchadas hasta el momento. En este sentido, dar visibilidad a aquellos pasajes privados no es una tarea sencilla y más si en ella se está jugando un propósito tan delicado como es el de narrar desde lo íntimo un pasado que es reconocido por todos como propio.

Es de esta manera que la memoria no sólo se hace presente como un mecanismo para rescatar los acontecimientos privados e íntimos, sino que cada calle descrita por el autor, cada casa con sus respectivos habitantes, cada espacio con su pequeña marca serán un elemento netamente utilizable en pos de defender una posición social y sobre todo un pasado que desaparece y, ante el cual, él asume un papel de redentor desde la evocación de su memoria personal, transfigurada a una memoria nacional. Y será precisamente en esa memoria nacional que reconocemos esa identidad compartida a la que antes aludíamos, como un producto inevitable de la puesta en el discurso de aquellos rasgos comunes que permiten identificar un común denominador por el cual los diferentes agentes sociales se reconocen como parte de un todo.

Así, tal como lo decíamos anteriormente, Mansilla junto con Gorriti crean en su escritura un espacio desde el recorrer y recobrar toda su vida y con ella la vida de la nación. Labor que implica, también, elegir un lugar desde el cual posicionarse para revisar el material que posee en su memoria, tal como dice el mismo Mansilla haciendo referencia al enunciador que toma la voz en el relato *“No se trata en esta primera parte, del que escribe, ya con el bigote duro, sino del niño”*(1994: Mansilla:40-41) Y, aunque él haya pretendido dissociar ese narrador entre la voz del adulto y el niño, es claro que al

escribir es siempre el adulto que se esconde incluso en la voz del niño. Esta estrategia le permite asumir el riesgo, por ejemplo, de tomar la palabra y revisar el capítulo más complicado y comprometido de su infancia y su vida familiar: el referido a Rozas, su tío.

En consecuencia, cuando recupera episodios de su infancia, hablar detrás de los ojos del niño le permite revivir momentos que le estarían vedados al adulto, puesto que eso implicaría arriesgar el lugar que se posee o se pretende alcanzar con la escritura y el texto producido. Así, el adulto puede operar una crítica que desmenuza hasta el fondo el gobierno y las consecuencias que éste dejó. De este modo, las preguntas al pasado no siempre devuelven las respuestas esperadas y los interrogantes desencadenan evocaciones que, opuestas, definen la imagen de un hombre como nunca antes había sido pintado. Mansilla se expone a tal tarea, consciente de que se encuentra ubicado en medio de una lucha por satisfacer los deseos familiares y las ansias de muchos opositores que esperan oír las exclusivas declaraciones del orador. Y todo su trabajo parece girar en torno a esa lucha que domina sus sentidos y la forma de construir la vida de este personaje histórico.

Mansilla se detiene en fugaces pero efectivos recuerdos que iluminan los rincones oscuros que nadie se ha preocupado en hacer brillar; pero al hacerlo elige un puesto que no puede pasar inadvertido si reflexionamos en torno al objetivo propuesto: ubicarse en *“aquellas rodillas cariñosas en que nos hemos sentado”* (Mansilla, 1994b:72) es el acierto más sensato al que se ha suscripto para anclar sus reminiscencias sin perderse en laberintos de incredulidad. Y aunque, tal como lo destacamos anteriormente, haya declarado que es el niño el que habla, resulta evidente que el adulto de bigote no puede abandonar su puesto de conductor en el relato y la mejor manera de pasar desapercibido cuando habla, la encuentra en retornar al niño que fue, dibujando entre garabatos y aventuras un lugar distintivo para anclar el recuerdo de su tío.

El objetivo de su obra que habíamos destacado al iniciar este apartado, se nos revela más claramente si pensamos que, en el firme propósito de defender una tradición que se desvanece, Mansilla descarga toda la fuerza para proteger el mundo que lo había visto crecer y formarse. De ahí que oponga su imperiosa necesidad de que eso no ocurra haciendo lo mejor, o lo único que le resta por hacer: escribir. Recordar cada detalle se conecta así con la escritura para dar vida a un pasado construido, a través del ojo del niño, con los recuerdos que el adulto tamiza. Así el niño que es rememorado recupera en las páginas del adulto un cúmulo de costumbres y enseñanzas que, si bien

no eran comprendidas en aquel momento de la infancia, ahora, en el presente de escritura, adquieren otro sentido.

Y para ingresar a ese mundo íntimo que va a develarnos en su escritura tiene que adentrarse en los archivos de su memoria y rescatar momentos compartidos en familia, las tardes vividas en los patios de la casa de su tío, los diálogos privados como el que, magistralmente, retrata en la *causerie* titulada “*Los siete platos de arroz con leche*”. De esta manera, observaremos cómo, a lo largo de toda la obra, se presenta esta idea de dar relevancia a los recuerdos y a las anécdotas devueltas a la actualidad del autor y la de sus contemporáneos como un modo de construir la historia del país desde un punto de vista diferente al que se había planteado desde el discurso histórico oficial. En consecuencia, la mixtura entre lo público y lo privado será el rumbo que tome la escritura de su versión de los hechos; para Mansilla no existirá un umbral que separe las peripecias personales de los acontecimientos que rigen el destino del país y en esa mixtura el retrato de su familia aparece como un reflejo de la vida de la nación que se estaba conformando.

Mansilla devuelve con su palabra todo un mundo que bajo sus ojos ha sido transformado, y tal como veremos más adelante, al igual que Gorriti siente la nostalgia de la ciudad que lo cobijó en su infancia y por eso de su casa paterna sale a caminar por las viejas construcciones del Buenos Aires que se ha modernizado y con ellas recuerda a sus habitantes y protagonistas a los que él vuelve a resucitar con su palabra. Cada palabra ilumina los rincones de un pasado que pocos conocen y en ese constante volver hacia atrás para observar lo que estaba y ya no está; Mansilla dibuja el trazado de un capítulo de la historia del país que nadie más se animaba a contar y al tejer esos hijos va dejando entrever un entramado en el que su voz se funde a otras para reconstruir un pasado común en el cual reconocerse.

### **En busca de una identidad perdida II: *La tierra natal* de Juana Manuela Gorriti**

Siguiendo el eje planteado en el apartado anterior podemos descubrir que en la obra de Juana Manuela Gorriti se observa el mismo hilo conductor que pretendíamos destacar en el texto de Mansilla al referirnos al modo en que éste con su escritura va dibujando un pasado que es compartido por un grupo selecto al que él se dirige. En especial, al revisar que los episodios devueltos al presente se relacionan, necesariamente, con un mundo que ha desaparecido ante sus ojos y al que ellos van

devolviendo a la vida en su recorrido por las calles que han transformado su fisonomía de antaño o a través de las viejas historias que escucharon cuando aún eran unos niños.

Si bien en ambos textos se evidencia esa preocupación por rescatar y dejar por sentado un recuento del pasado olvidado por muchos, cuando debe pensarse el lugar desde el cual cada uno se ubica para comenzar a narrar su historia podemos advertir que en *La tierra natal* Gorriti va un paso más adelante que Mansilla, pues no sólo tenía que romper con la imposición establecida por quienes controlaban el discurso histórico -tal como lo hemos registrado se puede observar en la escritura de Mansilla y en su intento por devolver al presente lo que ha guardado en su memoria- sino que ella debe romper otra barrera más difícil de cruzar. Para Gorriti se impone un desafío mayor ya que, para poder asumir ese rol de cronista, debía construir un espacio desde el cual poder contar con la misma autoridad con la que sus colegas masculinos asumían tal actividad.

De esta manera para ella la escritura significa mucho más que la posibilidad de rescatar todos aquellos recuerdos e impresiones que vuelven al presente cuando recorre nuevamente los paisajes y las calles de Salta luego de su largo exilio. La escritura es una posibilidad, y tal vez la única herramienta, que le permite decir y contar lo que siente y lo que sabe. Adueñarse de ese espacio íntimo en el que se distiende su pensamiento para romper el silencio impuesto a su género es una operación que hace que su texto condense una doble estrategia: por un lado, crea el espacio posible para narrar y expresar sus opiniones y por el otro, al igual que Mansilla, sumar su voz en el concierto de voces que se han propuesto rescatar el pasado y mostrar aquel lado de los hechos que no se ha dejado conocer hasta el momento.

Gorriti infringe doblemente las reglas del juego impuesto a su condición de mujer porque no sólo cuenta y rescata su propia versión de historia en su escritura; también está atravesando la barrera que le impone la cultura en la que está inserta a su rol de mujer. Y tal infracción sólo es posible a través de la estrategia planteada dentro del texto mismo, estrategia por la que, en oposición a la silenciosa dama que asiente y guarda silencio mientras escucha las conversaciones de su compañeros de viaje, nos encontramos en la voz que escribe con una mujer que opina, crítica y disiente, segura de su opinión y llevando consigo misma la convicción de que posee un saber que ha guardado celosamente hasta el momento de revelarnos esos secretos en las páginas que estamos leyendo.

Inconfundible será el hecho de que en el acto de recordar quien asume esta tarea es consciente de que se entrega a una empresa ardua y riesgosa puesto que, al escribir,

su memoria debe someterse necesariamente a una operación de selección que se realiza indiscutiblemente desde el presente en el que se recuerda. Así, al mirar su pasado, Gorriti no puede más que atenerse a su condición de exiliada que regresa a su patria ya cambiada y teñida por el paso del tiempo. Volver a recorrer los espacios que había dejado años atrás despierta en ella, la nostalgia y la añoranza por lo que ha perdido en su forzada ausencia. Pero no puede permanecer callada y se le impone la tarea de dejar por sentado algo de ese pasado que ya no está.

Ponerse en contacto nuevamente con los espacios que conocía desde su infancia es una tarea que la obliga a contar en las páginas de su obra algo de ese mundo que la había cobijado antes de dejarla a ella y a su familia en el total desamparo. Así se entrega al recuerdo a medida que su transporte la lleva por esos caminos tan conocidos a su destino final en su Salta querida: *“En el curso de aquel día vi desfilar a lo lejos, rápidos como en sueños, sitios conocidos y poblados de recuerdos...”* (Gorriti, 2006:21) Los lugares que vuelve a contemplar le devuelven las esperanzas de encontrar un refugio para resguardar esos paisajes históricos que había conservado celosamente hasta el momento de devolverlos al presente.

Pero decidirse a contar lo que sabe no es una tarea fácil, para ello debe sortear su condición de mujer y anciana, y qué mejor que la escritura como vía para gritar todo lo que no puede callar. Así, su escritura se transforma en su única posibilidad de ser escuchada, de hacer saber que detrás de los cambios que percibe a su paso por ese paisaje desdibujado entre guerras y progreso, existe un mundo que sólo ella puede descubrir porque conoce el secreto que se esconde entre sus sombras. Pintar un retrato fiel de ese mundo es un imperativo que es necesario cumplir y ella asume el riesgo de entregar en las páginas escritas su versión de los hechos ocurridos.

No sólo es el paisaje el que se ha modificado ante la mirada de la anciana, los protagonistas de ese mundo se han desvanecido con él y sólo quedan de ellos los ecos de sus voces, ecos que sólo ella puede reconocer porque sabe de dónde provienen. Su conocimiento del pasado la hace partícipe de este concierto y, tal como ella lo señala al llegar a su tierra natal, son las sombras y fantasmas de otro tiempos los que la esperan y la saludan al pisar el suelo de la ciudad que en otras épocas fuera el refugio de su familia y de esos tantos personajes que sólo ella puede recordar porque conserva intacto en su memoria el escenario que los cobijaba.

La cercanía con el texto de Mansilla se hace cada vez más evidente si evocamos, por ejemplo, el mismo sentimiento de nostalgia que le produce a la autora su llegada a su ciudad luego del exilio impuesto:

*“!Qué serie de lejanas memorias en el ambiente saturado del aroma de los jazmines uy mosquetas que descolgaban sus floridos ramos desde el alto de los balcones, sobre esas calles de edificios renovados pero cuyo pavimento conserva, todavía, las mismas losas que hollaron mis pies de niña! Aquí, entre las casa que fue de los Ojeda, y la de Santillán, ahora habitada por otros dueños, abría su puerta grande la escuela de Velazco” (Gorriti, 2006: 47)*

Y del mismo modo en que para Mansilla volver a su casa y a su infancia es volver a recordar personajes y protagonistas del pasado cuyo accionar ha sido borrado para las generaciones presentes; para ella también esa vuelta a la tierra natal representa un despertar, no sólo de viejas pasiones sino también de viejas historias que llaman su atención y la obligan a volver a ellas para darles nuevamente vida y color con sus palabras. Al escribir la autora nos va devolviendo escenas de un pasado que ha sido transformado por el paso del tiempo; las imágenes que de niña había conservado contrastan ahora, en el presente de su narración, con los colores y aromas que ella mantenía en su memoria mientras se encontraba en el exilio.

Así, en su texto, cuando Gorriti señala que, al ver a la nueva generación de que le sucedió a la que ella había dejado a su partida, vino a su mente la historia de los padres de estos jóvenes para ellos desconocida; no está haciendo otra cosas más que proporcionarnos el punto de partida desde el cual poder entrar a su obra y reconocer en ella la búsqueda de dejar por sentado en la escritura, una historia que muchos desconocen y que necesita ser contada. Y en esa búsqueda, Gorriti se nos aparece repitiendo la misma actitud que antes habíamos destacado se nos ofrece en Mansilla, al trazar con su escritura un capítulo del pasado nacional que había sido negado y al que pocos se animaban a contar.

Ella está inaugurando con su escritura la posibilidad de que su propio saber se legitime y rompa con los esquemas previos que le impedían a una mujer asumir su propia voz como narradora. Con esta actitud, Gorriti desinstala la representación sobre el lugar de la mujer en cuanto que ella rompe las ataduras que le impedían hacer visible su experiencia. Así la escritura puesta al servicio de esta causa le permite ocupar un puesto permitido en el que, a través de la palabra escrita, nos hace partícipes de su experiencia personal, de sus recuerdos y anécdotas que pintan y retratan un mundo que

se había transformado desde su partida al exilio. Al igual que Mansilla, su preocupación por ese pasado que se esfuma se hace presente y es inevitable no dejar que las voces que ya no están hagan eco en las páginas redactadas.

Como transgresora, en el silencio de su escritura, Gorriti irrumpe en la construcción del pasado que se ha hecho hasta el momento y construye su propia versión de los hechos. Versión doblemente sancionada tanto por su marginalidad dentro del campo de la Historia como por su condición de mujer y el lugar que se le tiene asignado a su condición. Pero, lejos de replegarse a ese espacio de lo privado y lo íntimo a la que estaba obligada a guardarse, su voz se eleva y se fortalece en la palabra escrita, en la devolución al presente de diversos pasajes que ha conservado celosamente en su memoria, instalando su propio pensamiento que nace indiscutiblemente desde las afueras del pensamiento hegemónico y masculino que domina la palabra.

Para todo aquel que se inicia en la labor de escribir sobre su pasado, se abre una puerta que le permitirá no sólo revivir acontecimientos que pertenecen a un tiempo anterior; también cabe, en este acto, la posibilidad de brindarles una significación que siempre ineludiblemente está asociada con el momento desde el cual se posiciona el narrador. Es clara ya la intención de quien decide aventurarse en la tarea de revivir el pasado de que existe algo de lo vivido que merece ser recordado y devuelto al presente por su valor, tanto para el emisor como para los receptores del mensaje. Y, en este sentido, hemos de realizar una lectura que nos permita reconocer de qué manera con su escritura Gorriti colabora en la supervivencia de la memoria nacional, en la que se conservan no sólo los recuerdos y vivencias de una clase sino también la apelación a una tradición de un pueblo que en el presente de su escritura se ve avasallado por innumerables cambios ligados al progreso y crecimiento de su sociedad.

Gorriti (al igual que Mansilla) encuentra en su escritura un arma eficaz para luchar contra el olvido al que están condenados todos aquellos que no han vivido ni experimentado todo lo que ella sí ha visto y ha conocido porque desde niña había transitado cada rincón de esos lugares, asistiendo a un espectáculo sin precedentes puesto que desde su hogar paterno ha tenido la oportunidad de estar en estrecho contacto con los protagonistas de la historia que ella quiere contar. En su intento por rescatar esos episodios que han sido borrados o silenciados y traerlos al presente de su enunciación cuando vuelve de su exilio, descubre que no han quedado casi huellas en ese paisaje de las glorias pasadas, ni de los nombres que poblaron las antiguas casas, y

hasta los hijos de los que se quedaron desconocen por completo ese mundo que sólo ella puede descifrar.

Así, la voz de Gorriti se propone como un canal mediador de ese pasado que corre peligro de extinción y transforma a su obra en un enunciado que hace visible momentos y acontecimientos históricos que permanecieron ocultos o difusos hasta ese momento, un enunciado que en definitiva cumple con lo que María Elena Legaz afirma respecto de aquellos textos que revisan el propio pasado, al decir que “*los enunciados de lo autobiográfico provocan visibilidades cuando se entrecruzan en un mismo movimiento ‘hablar y hacer ver’*” (Legaz, 2000: 9). Esa misión redentora de no dejar en el olvido lo que se sabe y de hacer visible lo que otros no pueden ver, es uno de los ejes que guía la escritura de la obra analizada.

De esta manera, en el juego de volver hacia su propia historia, Gorriti está abriendo un camino para conectar los hechos que rodearon su vida con el pasado de una nación; una vida singular marcada por innumerables anécdotas que irán tejiendo su historia personal como síntesis de una memoria nacional que resguarde la gloria del pasado que se ha visto modificado ante sus ojos. Al respecto, y teniendo que en *La tierra natal* podemos encontrarnos con una gran cantidad de datos autobiográficos, podemos hacer presente aquí las palabras de Georges Gusdorf quien señala que “*la autobiografía es, entonces, la última oportunidad de volver a ganar lo que se ha perdido*” (Gusdorf, 1991:14); y en este sentido, para Gorriti anotar en este “diario de viaje” sus reflexiones sobre lo que recuerda y rememora al entrar nuevamente en contacto con su tierra es una acción que se opone al avance del olvido, y por consiguiente, un modo de no dejarse vencer frente a los silencios forzados en los años de exilio.

## **Conclusiones**

Al terminar este breve recorrido por las dos obras elegidas para nuestro trabajo podemos comprobar de qué manera Mansilla y Gorriti en sus obras se deleitan en recordar y volver sobre las anécdotas que poblaron su infancia y su juventud. Y cómo en ese viaje al pasado se regocijan en la constatación de sus recuerdos en contraste con los espacios que ya no están o han sido transformados dejando que su saber se convierta en materia prima para ser utilizada como testimonio válido de esos episodios que aún faltan por contar. Ambos se refugian en la autobiografía y las posibilidades que este género les brinda para revisar su propia experiencia. Y es esa experiencia

condensada en la escritura la que se brinda como una forma de recuperar un pasado común, haciendo visible aquel lado de la historia que ha permanecido oculto para muchos y que ellos, en las páginas escritas, nos devuelven a través de sus recuerdos y anécdotas.

Volver a esos pasajes vedados al conocimiento general y que sólo pueden ser reconocidos por un grupo selecto que se ve reflejado en esas historias de hombres y mujeres que ya no están, es un modo de fijar, tanto para Mansilla como para Gorriti, su lugar al momento de narrar puesto que sólo se puede obtener ese derecho legítimo a contar si se ha formado parte y se ha sido protagonista de esa historia narrada. Así sus lectores, junto a ellos, rememoran a través de las minuciosas descripciones de espacios transformados ya por el progreso, anhelan los colores y aromas de otro tiempo y sobre todo se miran en un espejo que les devuelve una imagen certera de aquellos rasgos que comparten y que los hacen merecedores de ser catalogados como pares dentro del mismo grupo, poseedores de una identidad compartida que los cohesionan. Escribir es, entonces, una apuesta por la que nada se pierde y todo se gana si se quiere legitimar un pasado desde el presente. En esta tarea de redención, Mansilla y Gorriti, han sido unos especialistas.

## **Bibliografía**

- ALCOFF, Linda (1999) "Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia". *Mora* n°5,: 122-138.
- ARFUCH, Leonor (2005) *Identidades, sujetos y subjetividades*, Prometeo, Buenos Aires.
- BRUNER, Jerome y WEISSER, Susan (1995) "La invención del yo: la autobiografía y sus formas", en: OLSON Y TORRANCE (Compiladores) *Cultura escrita y oralidad*. Gedisa, Barcelona.
- JITRIK, Noé (1982) *El mundo del ochenta*, Centro editor de América Latina S. A., Buenos Aires.
- KALIMANN, Ricardo (2006) *Identidad, Propuestas conceptuales en el marco de una sociología de la cultura*, Tucumán, edición del autor.
- LEGAZ, María Elena (2000) *Desde la niebla. Sobre lo autobiográfico en la literatura argentina*, Alcion Editora, Córdoba.

- LAURETIS, Teresa de (2000) "La tecnología del género". *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: horas y horas.
- LOUREIRO, Angel "Problemas teóricos de la autobiografía", pp. 2-8, en AA.VV. (1991) *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Suplementos de Anthropos Nº 29. Diciembre. Barcelona.
- MANSILLA, Lucio V. (2000) *Entre nos. Causeries de los jueves*, Elefante Blanco, Buenos Aires, 2000.
- MANSILLA, Lucio V. (2001) *Los siete platos de arroz con leche*, Editorial Agea S.A., Barcelona.
- MANSILLA, Lucio V. (1994a) *Mis memorias y otro escritos*, Editorial Lugar S.A., Argentina, 1994a.
- MANSILLA, Lucio V. (1994b) *Rozas, Ensayo Histórico- psicológico*, A-Z editora S. A., Buenos Aires.
- MANSILLA, Lucio V. (1953) *Una excursión a los indios ranqueles*, Editorial Jackson, Buenos Aires.
- MOLLOY, Silvia (1996) *Acto de presencia, La escritura autobiografía en Hispanoamérica*, Fondo de Cultura económica, México.
- PRIETO, Adolfo (1982) *La literatura autobiográfica argentina*, Centro Editor de América S. A., Buenos Aires.
- RIVERA, María Milagros (1998) "Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista". Cap. II: "El pensamiento feminista contemporáneo: categorías de análisis de la sociedad y de la historia". Edit. Icaria. Barcelona.
- SCOTT, Joan (1990) "El género: Una categoría útil para el análisis histórico". *Historia y Género*. J.S. Amelang y M. Nash (ed.). Valencia: Alfons el Magnanim.17-45.
- SCOTT, Joan: " 'Experiencia' ". *La ventana. Revista de Estudios de Género*. Vol. 2, nº 3. Universidad de Guadalajara. 43-73.